

## La Muerte

Ustedes podrán argüir que no soy un hombre valiente. Pero yo insisto en que cualquiera podría perder las agallas en una situación como la que yo he vivido.

Era un día gris. Llovía. Fue hace cuarenta años. El olor a tierra mojada impregnaba el aire. Este era denso, muy denso. En el cementerio no se oía un alma, pero allí el escenario era diferente. Yo visitaba a mi difunta esposa cuando gotas de agua comenzaron a chispear sobre mí. Miré el cielo. Los nubarrones negros prometían una lluvia más fuerte así que, decidí emprender media vuelta y regresar a mi casa. Viajaba por la carretera cuando un grito desgarrador me sacó de mi ensimismamiento. Observé a ambos lados pero no vi a nadie. Seguí mi camino con tranquilidad pensando que quizá había oído mal.

Otro alarido me sobresaltó. Esta vez no tuve dudas: el grito provenía de mi cerebro y me estaba murmurando palabras ininteligibles. Paré el motor. Suspiré y el silencio me inquietó. Un ruido sordo. Miré hacia atrás. A la lejanía se veía que la vieja y oxidada reja del cementerio estaba abierta y oscilaba de un lado a otro, chocando contra los goznes. Una parte de mí me dijo que el grito provenía de allí. Me bajé del auto y fui caminando. Oscurecía rápidamente detrás de las nubes. Llegué a la puerta y entré. El sonido de una capa arrastrándose contra el piso cortó el aire y contuve la respiración. Un bosque lindaba con el cementerio y parecía que la criatura venía de allí. Contra una lápida, amarrada, vi a una mujer. Mi mujer. Pero sus contornos, que emitían una luz blanquecina y mortecina, eran borrosos. Sin pensarlo fui hacia ella. Estaba completamente demacrada y pálida. Era natural: después de todo estaba muerta. Los ojos hundidos, la piel putrefacta, rasguños en el rostro, los huesos marcados y un gusano sobre el poco pelo que le quedaba. Yo estaba horrorizado. ¿Qué idiota y rematadamente loco había desenterrado a mi mujer?! ¿Que se creía?! Agarré su mano con temor y, siento vergüenza al confe-

sarlo, un poco de repugnancia. Entonces, imprevistamente, sus párpados se levantaron y vi sus ojos inyectados en sangre. Gritó. Yo estaba aterrado, no sabía qué hacer, no entendía si mi mujer estaba viva o no. Un dolor me brotó en la espalda. Alguien me herido con el filo de un cuchillo. Giré instintivamente y un hombre bajo una capa negra me devolvió una mirada vacía, fría, ausente, indiferente. Lo empujé e hice de escudo a mi esposa. Pero ella estaba regresando a su tumba. Su cuerpo había tomado un color blanco perlado y, a través de él, yo veía las demás lápidas. Mi mujer era un fantasma. Pero, como también comprendí al instante, ella había sido enterrada viva. El remordimiento y la sensación de que el mundo se estaba derrumbando me invadieron. El horror que sentí entonces no tengo palabras para describirlo. Olvidé al hombre de la capa, pero el frío que sentí cuando acercó sus manos a mi espalda me devolvieron a la realidad. Lo miré de nuevo. Entonces me di cuenta que estaba ante la Muerte, que Ella se llevaba a mi esposa y que, si no hacía nada, yo sería su próxima víctima. Aunque ya no me importaba vivir, corrí. Corrí porque tuve miedo, porque el grito de mi mujer probablemente significaba que era doloroso, porque temía lo desconocido. Sin embargo, sentí que su mirada me helaba la sangre. Mis movimientos eran brutos, no sabía qué hacer, adónde dirigirme y estaba herido, mortalmente herido. Entonces, vi que una mujer transparente se interponía entre la Muerte y yo, pero ésta era el reflejo de lo que había sido en vida, con su cabellera enmarañada, sus ojos brillantes, la piel joven, sin sangre en sus mejillas. Un halo plateado me envolvía en un círculo y mi mujer me habló con una voz que parecía venir desde muy lejos.

- Tú no tienes la culpa de lo que pasó. Puedes salvarte ahora. Corre hacia el hospital más cercano. Yo te daré tiempo para que puedas salir de peligro y así, detendré la Muerte por un tiempo hasta que Ella vaya y toque a tu puerta dentro de muchos años. Ve.

La miré boquiabierto, profundamente agradecido y la amé más de lo que nunca la había amado. No me salieron las apalabras, pero ella supo todo lo que yo sentía.

Con un esfuerzo casi sobrehumano y tambaleando llegué lo más rápido que pude a mi auto. Encendí el motor y, muy mareado y dolorido llegué al hospital. Me desplomé en la puerta, inconsciente. Desperté tres días después en una cama blanca al lado de un anciano. Él recién había salido de la operación y yo supe que moriría porque la Muerte estaba sentada a su lado. Me miró pero yo comprendí a través de esos ojos ausentes que todavía no había llegado mi hora.

A partir de entonces nunca volví al cementerio. En parte, lo admito, por cobardía y por otro, porque no puedo soportar los recuerdos de ese día. Hoy sé que esta noche Ella tocará y por eso no quiero dormirme, pero como sé que esta vez no podré escapar quiero que ustedes conozcan mi historia.

Me estoy estremeciendo. Siento un viento helado. Alguien está tocando a mi puerta. Alguien que me llevará consigo.

Ahora sí, me despido de ustedes para siempre.

Escrito por Paula Zárate (seudónimo)